

Confabulario Personal



de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
BIBLIOTECA  
ESTADAL  
ECHE

Ernesto Montecavaro  
que ha visto mi  
rostro a la luz  
de Buenos Aires  
a través de su  
lente generoso.

Homenaje de  
gratitud y amistad.  
Tus preferido.  
1985

Abril, día 13.



# Un autodidacto prodigioso

Es un hombre más bien menudo, delgado, nervioso. Habla continuamente, apurado, con pasión, ayudándose con el movimiento de las manos, como si a su pensamiento, demasiado veloz, no le alcanzaran las palabras. Tiene un perfil agudo, como de pájaro, y siempre en desorden el ensortijado pelo gris. Juan José Arreola, el escritor mexicano, vive representándose a sí mismo, no en vano ha sido actor. Vino a Buenos Aires invitado por la Feria del Libro y su último deseo, antes de partir de vuelta a México, era ser enterrado en Buenos Aires, cuando le toque su hora. Parece un muchacho pese a sus sesenta y pico de años. Se proclama autodidacto. Le pregunto cómo llegó a la literatura.

-Todavía no pronunciaba bien la erre, tenía cuatro años, pero ya me había aprendido de memoria "El Cristo de Temaca", el poema de un hombre que fue cura de pueblo y un poeta de primer orden: "Hay en la Peña de Temaca un Cristo/ yo, que su rara perfección he visto,/ jurar puedo/ que lo pintó Dios mismo con su dedo". Eso fue lo primero que supe de un ritmo en 1922. Luego siguieron los refranes y las letras de las canciones populares: "Soy un pobre venadito, que habita la serranía,/ como no soy tan mansito no bajo al agua de día./ De noche y poco a poquito y a tus brazos, vida mía". Estas canciones y otras y otros poemas y el habla popular existieron en mí. A los diez años empecé a escribir: "Las cuatro estaciones"; sólo concluí "El invierno", sin saber que existía Valdi. A los doce y trece años empecé a ser

comediante y decidí de versos y empecé el teatro a ocupar su sitio. A los dieciséis lei un libro de Giovanni Papini, que es para mí el padre de todos los libros. El otro día le demostré a Borges que son suficientes las 400 referencias que hay en "Gog", para que este libro desencadene una voluntad de conocimiento. Nos hemos puesto de acuerdo con Borges que hay que leer muy pocos libros, ni él ni yo hemos leído más de cien.

-Lo pongo muy en duda.

-Ah, no, no, no, me perdonas, yo tengo mi lista. De filosofía he leído tres libros en toda mi vida y con eso me basta, con eso y con la memoria asociativa. Mira, con muy pocos libros puede hacerse, si uno fuera trabajador como Borges, una gran literatura. Yo soy un hombre haragán que he hecho una pequeña literatura rica en reminiscencias de lo que he leído; total que es un resumen de belleza recordada.

-Te oí decir que amas la literatura pero que no tienes tiempo de ejercerla. ¿Cómo se compagina eso?

-La he ejercido antes de dormir y en las horas de insomnio, la he ejercido leyendo. Pero dedicarme yo a escribir, sentarme a una mesa, es raro. Hice la cuenta, ayudado por mis amigos y mis hijos: lo que yo he escrito está hecho en el término de seis meses difundidos a lo largo de cuarenta años. Pero he vivido la literatura y como Oscar Wilde (guardando las distancias y el inmenso y caudaloso Tamesis temporal y espacial que nos separa) yo he hecho de mi

vida literatura; mi vida es una obra literaria. El amor en mi vida es una obra literaria con todas las mujeres que he querido, las que me abandonaron y las que abandoné.

-¿Fueron muchas?

-Nueve me abandonaron y yo abandoné a tres.

-Arreola, afirmaste en el Congreso de Escritores que amabas sobre todo el lenguaje. Pero la literatura, ¿es solamente lenguaje?

-Sí, todo lo que no se traduce a términos de lenguaje, no existe. El lenguaje es el árbol que soporta todos los frutos del conocimiento.

-¿Y cuál es la forma suprema del conocimiento?

-La poesía, porque es la posesión instantánea de la realidad o del ser. Amo el lenguaje y creo que la Biblia es un gran libro simplemente porque comienza diciendo: "En el principio fue el Verbo" y lo será hasta el fin del mundo. Toda la literatura es un juego de palabras.

-En 1974 estuvimos en México y te veíamos en unos programas magníficos que hacías por televisión. ¿Hasta dónde la televisión puede ser un campo para la cultura?

-Yo he sido un salteador de caminos en la literatura y la he disfrutado mucho y ella está en mí, pidiendo que yo la devuelva, y la televisión es la mejor forma de difundir cultura. Sólo que la empleamos para difundir noticias hasta la saturación total. Se dice en México que una sociedad

bien informada es una sociedad libre; *mentira*; una sociedad abusivamente informada es una sociedad perdida que no vive su vida real, sino una vida noticiosa. Además, las telenovelas son una plaga; los anuncios, otra, porque deforman la mente. Es que los hombres pervertimos la capacidad de los medios. Sin embargo, no basta poner personas inteligentes o cultas frente a las cámaras; se necesitan actores no para representar telenovelas o tiras cómicas, sino para que transmitan el conocimiento. Claro que no podemos inventarlos a placer; de un grupo de veinte escritores o poetas habrá dos que sabrán transmitir la emoción y la belleza formal de sus versos.

-Tú sabías transmitirlos.

-Porque fui actor desde niño. Yo puedo hacer el papel de hombre inteligente.

-Sos un hombre inteligente, Arreola.

-No, señora. No, señora. No. Tengo capacidad intuitiva pero no soy ni inteligente ni culto porque es miserable la bibliografía que maneje. Puedo hacer el hombre de talento y me avergüenza decirlo, el papel de hombre bueno. Yo soy un monstruo inhabitable.

-¿Para qué hacer el papel de hombre bueno?

-La bondad me interesa más que la literatura. Quisiera morir en paz pero soy un hombre en desorden y en rebeldía consigo mismo y profundamente insatisfecho. "No soy más que la parodia, la caricatura de mi mismo", dijo Stevenson, y Hebbel escribió algo más terrible: "El que soy saluda con tristeza al que podría ser".

-Me asombró oírte decir que admirabas en los argentinos una calidad de equilibrio que ustedes, los mexicanos, no tienen.

-No fue un halago. En México he tratado a argentinos y siempre me asombró su seguridad, que a veces podría confundirse con orgullo, con un estar muy pagados de sí mismos. Pero necesité venir a Buenos Aires, caminar por sus veredas para comprender que los que ven estos cielos inmensos sobre calles y plazas viven dentro de una gran armonía. Un argentino que conoce Buenos Aires sabe que tiene una plataforma vital, como un pedestal, y puede gallear porque está mucho más seguro de sí mismo que todos nosotros. Me dirás que vivimos en crisis ahorita en Buenos Aires, también la vivimos en México y en toda América latina, pero en el argentino se da una gran seguridad porque tuvo desde un principio una propinación de belleza sucesiva y urbana. Caminar por Buenos Aires me ha hecho mucho bien, he recibido un baño de armonía; nosotros en cambio somos muy indecisos, no tenemos afirmación. ¿Quién hizo Buenos Aires?, me pregunto todos los días porque parece la obra de una prodigiosa individualidad. Siendo que ustedes son los más diversos, crearon, de pronto, la ciudad más unitaria, más armoniosa y la más bella, indudable y definitivamente, de América latina.

Maria Esther Vázquez

(C) LA NACION